

PA 4378  
V 6  
1847



## HOMBRES ILUSTRES.

### PELOPIDAS.

Caton el Mayor como algunos celebrasen desmedidamente á un hombre de arrojado y atrevido en las cosas de la guerra, les advirtió que habia gran diferencia entre tener en mucho la virtud, y tener en poco el vivir : perfectísimamente á mi entender. Militaba con Antígono un varon muy resuelto, pero endeble y flaco de cuerpo : preguntóle pues el Rey la causa de estar descolorido, y le confesó que padecia una enfermedad oculta. El Rey manifestándole su aprecio dió orden á los médicos para que no omitiesen nada en su asistencia y remedio; pero curado por esta diligencia aquel valiente, ya no era arrojado ni pronto en los combates, tanto que Antígono se lo echó en cara, admirándose de semejante mudanza; y él no le negó la causa, diciéndole : «Tú, ó Rey, eres quien me has hecho menos determinado librándome de aquellos males por los que menospreciaba la vida. » A este mismo propósito dijo un Sibarita hablando de los Esparcias, que no hacian mucho en morir en la guerra para salir de tanto trabajo y de tan mal trato como se daban. Mas si

entre los Sibaritas, enmollecidos con el regalo y el deleite, de los que por zelo y amor de la virtud no temian la muerte, podia decirse con razon que aborrecian la vida; para los Lacedemonios era acto de virtud el vivir y el morir con ánimo alegre, segun aquel epicedio:

Porque, segun se dice, mueren estos  
No reputando un bien la vida ó muerte;  
Sino el que la virtud presida á entrambas:

pues ni el evitar la muerte es reprehensible, cuando no se quiere vivir afrentosamente, ni el exponerse á ella es laudable, si se hace por tener en poco el vivir. Así Homero á los varones osados y belicosos los hace siempre salir bien armados y defendidos á los combates; y los legisladores de los Griegos castigan al que pierde el escudo, y no al que arroja la espada y la lanza: enseñando con esto que primero es no recibir daño, que causarlo á los enemigos; y que esto es lo que cada uno debe tener presente; pero en especial el que manda en una ciudad ó en un ejército.

Porque si como discurria Ificrates las tropas ligeras dicen semejanza con las manos, la caballería con los pies, el grueso del ejército con el pecho y el torso todo, y el general con la cabeza, arriesgándose este temerariamente, no pareceria que se olvidaba de sí mismo solamente, sino de todos, que tienen en él librada su salud; y al contrario. Así Calicratides, aunque hombre grande en todo lo demas, no tuvo razon en respuesta que dió al agorero; porque rogándole este que se guardara de la muerte que le denunciaban las víctimas, le contestó que no pendia Esparta de uno solo: pues peleando, navegando y siendo mandado, Calicratides no era mas que uno; pero de general, tomando sobre sí la suerte de todos, ya no era uno solo aquel con quien tan grandes intereses iban á perderse. Mejor lo hizo Antígono el Mayor cuando al trabarse el combate naval cerca de Andros, diciéndole uno que eran muchas mas las naves de los enemigos, ¿Pues qué, le replicó, no te haces cargo que yo valgo por muchas? Grande ornamento del mando quien con destreza y virtud hace lo que se ha propuesto, y cuya atencion primera es salvar al

que ha de salvarlo todo! Por tanto juiciosamente Timoteo, como Cares mostrase un dia á los Atenieses algunas cicatrices en su cuerpo y el escudo pasado de una lanzada: Pues yo, les dijo, estoy muy avergonzado de que cuando tenia sitiada á Samos me hubiese caido muy cerca un dardo, porque me conduje mas juvenilmente de lo que correspondia á un general que tenia á su mando tantas tropas. Porque cuando va un grande interes en que se arriesgue el general, entonces está muy bien que trabaje y lo ponga todo en el establero sin ningun miramiento, enviando noramala á los que le vengan con el refran de que el buen general debe morir de vejez, ó á lo menos morir viejo; pero cuando es de poca importancia lo que se ha de sacar del vencimiento, y todo se pierde si el general cae, entonces nadie debe pedir de este una hazaña peligrosa, que seria mas bien de un soldado raso. Me ha parecido oportuno empezar por estas advertencias cuando voy á escribir las vidas de Pelópidas y Marcelo, varones eminentes, pero que perecieron por inconsideracion: pues con ser ambos muy denodados en el pelear, ornamento uno y otro de su patria por sus brillantes mandos, y opuestos á los mas terribles contendores; siendo este, segun se dice, el primero que quebrantó á Anibal; y habiendo aquel vencido en batalla campal á los Lacedemonios que dominaban en tierra y en mar; por no haber tenido de sí mismos la debida cuenta, expusieron su vida con temerario arrojo precisamente en el momento en que mas necesidad habia de su conservacion y de su mando; que es por lo que, llevados de esta semejanza, hemos puesto en cotejo las vidas de ambos.

La familia de Pelópidas el de Hipoclo era, como la de Epaminondas, de las mas ilustres de Tebas. Crióse con las mayores conveniencias; y entrando todavía jóven en la administracion de una casa opulenta, se dedicó desde luego á dar socorros á los necesitados que contemplaba dignos, para ser verdaderamente dueño y no esclavo de las riquezas; pues la mayor parte de los hombres, como dice Aristóteles, ó no usan de las riquezas por avaricia, ó abusan por desarreglo; y así como estos se ve que son esclavos del regalo y los de-

leites; aquellos lo son de la vigilancia y el cuidado. Los socorridos pues se valieron con reconocimiento de la liberalidad y humanidad que en Pelópidas encontraban; solo de Epaminondas no pudo recabar que disfrutase de su riqueza; sino que á la inversa él participó de la escasez de este en lo pobre del vestido, en la frugalidad de la mesa, y en la tolerancia de los trabajos, complaciéndose en su propia sencillez al frente del ejército, á la manera del Capaneo de Eurípides, que con tener muchos bienes no hacia alarde de su opulencia; sino que se hubiera avergonzado de dar indicios de que para su persona hacia mas gasto que el menos favorecido de la fortuna entre los Tebanos. Pues con serle ya á Epaminondas familiar y hereditaria la pobreza, hizola todavía mas tolerable y ligera, entregándose á la filosofía, y eligiendo desde luego el estado de célibe; y Pelópidas, aunque habia hecho una boda brillante y tenia hijos, no por eso dejó de distraerse del cuidado de su hacienda; con lo que, y con ocupar todo el tiempo en la causa pública, disminuyó su patrimonio; y como los amigos se lo reprendiesen, diciéndole que hacia mal en mirar con abandono una cosa tan precisa como el tener caudal; si á fe mia, le respondió, para aquel infeliz de Nicodemo, mostrándoles á uno que era cojo y ciego.

Eran formados de un mismo modo para toda especie de virtud, sino que Pelópidas era mas dado á los ejércitos de la palestra, y Epaminondas á los de la doctrina: así en los ratos de ocio aquel se empleaba en la lucha y en la caza; y este en oír á los sabios, y formarse para serlo. Mas entre tantos títulos para la gloria como concurrieron en ambos, ninguno reputan los hombres de juicio por tan admirable como el que en medio de tantos combates, de tantas expediciones y de tantos negocios de república, su amistad desde el principio hasta el fin se hubiese conservado siempre sin desazon y sin quiebra. Porque si se fija la vista en el gobierno de Aristides y Temístocles, de Cimón y Pericles, de Nicias y Alcibiades, que siempre adolecía de enemistades, discordias y zelos de unos con otros; y se atiende despues al amor y respeto con que miró Pelópidas á Epaminondas, con

razon y justicia se tendra á estos por verdaderos colegas en el gobierno y en la milicia, en comparacion de aquellos que toda la vida contendieron mas entre sí que con los enemigos; y la causa cierta de esta union fue la virtud, por la cual no buscaban con sus hechos aplausos ó riqueza, cosas á las que por naturaleza es inherente una porfiada y rencillosa envidia; sino que amándose recíprocamente desde el principio con un amor sagrado, dirigian de comun acuerdo sus conatos y sus triunfos al placer de ver á su patria elevada por ambos á la mayor grandeza y esplendor. Aunque algunos opinan que esta amistad tan íntima tuvo principio en la expedicion de Mantinea, en la que militaron con los Lacedemonios que todavía les eran amigos y aliados, con motivo de haber la ciudad de Tebas enviádoles socorros. Porque colocados juntos entre la infantería, y peleando contra los Arcades, cuando dió el ala derecha de los Lacedemonios que les estaba opuesta, y se desbandó la mayor parte, formando ellos galápago, hicieron frente á cuantos los embistieron. Al cabo de poco Pelópidas, que habia recibido cara á cara siete heridas, vino á caer entre multitud de cadáveres de amigos y enemigos; y entonces Epaminondas, no obstante tenerle por muerto, para proteger su persona y sus armas siguió la pelea y el riesgo, solo contra muchos, teniendo por mejor morir en la demanda que abandonar á Pelópidas caído: hasta que, hallándose ya él mismo en el peor estado, herido de una lanzada en el pecho, y de una estocada en un brazo, vino en su auxilio de la otra ala Agesípólís, rey de los Esparciatas, y contra toda esperanza los recobró á entrambos.

De allí á algun tiempo aunque los Esparciatas todavía afectaban ser amigos y aliados de los Tebanos, en la realidad miraban ya con ceño su altivez y su poder; y sobre todo no estaban bien con el partido de Ismenias y Andróclides, al que pertenecía Pelópidas, por parecerles demasiado liberal y democrático. En esta situacion Arquias, Leontidas y Filipo, oligarquistas y ricos, que aspiraban á mandar, persuadieron al Esparciata Febidas que cayendo repentinamente con su ejército se apoderara del alcázar Cadmea, y arrojando de la ciudad á los que se opusieran, arre-

glara un gobierno de pocos, al modo del de los Lacedemonios, y dependiente de él. Entró aquel en el plan, y sorprendiendo á los Tebanos, bien agenos de tal intento, mientras celebraban las Tesmoforias (1), se hizo dueño de la ciudadela. En cuanto á Ismenias, hiciéronle preso, y llevado á Esparta, á poco tiempo le quitaron la vida: Pelópidas, Ferénico y Andróclides huyeron y fueron proscritos; mas Epaminondas permaneció tranquilo y olvidado en el pais, temiéndole por poco inquieto á causa de su filosofía, y por de ningun poder á causa de su pobreza.

Los Lacedemonios bien privaron á Febidas del mando, y le multaron en cien mil dracmas; pero no por eso dejaron de conservar en su poder la ciudadela: determinacion de cuya inconsecuencia se admiraron todos los Griegos, pues que castigaban al autor y confirmaban lo mal hecho. En tanto á los Tebanos, que habian perdido su propio gobierno, quedando esclavizados á Arquias y Leontidas, ni siquiera les era dado esperar algun término de una tiranía que habia sido introducida por la fuerza militar de los Esparciatas, y no podia desatarse si no habia quien arrancase á estos su superioridad é imperio por mar y por tierra; y sin embargo, sabedor Leontidas de que los desterrados se hallaban en Atenas amados de la muchedumbre, y honrados de los hombres virtuosos y rectos, trató de amarles escondidas asechazas, para lo cual se valió de unos hombres desconocidos, que con engaños dieron muerte á Andróclides, librándose de sus manos los demas. Enviáronse tambien cartas por los Lacedemonios á los Atenienses, en que les ordenaban que no recibiesen ni auxiliasen en sus intentos á los desterrados, sino que los hiciesen salir como pregonados por enemigos públicos de toda la federacion. Mas los Atenienses, en quienes parece ingenito el ser humanos, correspondiendo á los de Tebas, que fueron la principal causa de que volviesen á su patria, y que dieron un decreto para que si algun Ateniense llevase armas contra los tiranos por la Beocia, ningun natural de ella hiciese demostracion de que lo veia ó lo

(1) Fiestas de Atenas en honor de Ceres su legisladora, adoptadas por otros pueblos.

entendia; ni en lo mas mínimo ofendieron á los Tebanos.

Pelópidas, aunque todavía muy jóven, fue de uno en uno alentando á los desterrados; y aun en comun les manifestó en un discurso, que no era justo ni puesto en razon dejar á la patria en esclavitud y con guarnicion extranjera, y no pensar ellos en otra cosa que en vivir y conservarse pendientes de los decretos de los Atenienses, y haciendo obsequios á los que eran diestros en el decir, y manejaban á la muchedumbre segun su arbitrio; sino que debian arriscarse á las mayores empresas, proponiéndose por ejemplo la virtud y resolucion de Trasíbulo: para que así comó este, partiendo de Tebas, destruyó en Atenas á los tiranos, de la misma manera ellos, volviendo desde Atenas restituyesen á Tebas la libertad. Persuadióles con estas razones, é inmediatamente enviaron á Tebas con la conveniente reserva quien manifestara á los amigos que allí habian quedado, lo que tenian resuelto. Convinieron estos en ello; y Caron, sin embargo de ser muy principal, se prestó á ofrecer su casa, y Filidas vió modo de hacerse secretario de Arquias y Filipo que eran polemarcos. Epaminondas ya muy de antemano tenia inflamados á los jóvenes, porque en los gimnasios les hacia que asiesen de los Lacedemonios y luchasen con ellos; y luego viéndolos muy ufanos de que los vencian y quedaban encima, les hacia cargo de que era una vergüenza que por cobardía estuvieran sujetos á aquellos á quienes tanto aventajaban en esfuerzo.

Señalóse dia para la empresa, y convinieron los desterrados en que Ferénico, tomando bajo sus órdenes á la mayor parte, aguardaria en la aldea de Triasio, y unos cuantos de los mas jóvenes tomarian sobre sí el peligro de adelantarse á la ciudad, bajo el concierto de que si estos diesen en manos de los enemigos, los restantes se encargarían de que ni sus hijos ni sus padres careciesen de lo necesario. Suscribióse el primero para este hecho Pelópidas, y en pos de él Melon, Damóclides y Teopompo, todos de las principales casas; y para lo demas unidos en fiel amistad entre sí; pero en cuanto á gloria y valor acérrimos competidores. Eran entre todos unos doce, y saludando á los que se quedaban, lo pri-

mero que hicieron fue enviar un mensajero á Caron, siguiendo despues ellos con ropaje corto, y llevando perros y baston de caza, para que aun cuando alguno los encontrase en el camino no cayera en sospecha, y antes se creyera que ocupados en bien diferente cosa, discurrían por el campo cazando. Cuando el mensajero enviado á Caron se avistó con él le dijo que ya estaban en camino; este sin embargo de ver tan cerca el trance, en nada mudó de propósito, sino que como hombre de probidad ofreció del mismo modo su casa. Uno llamado Hipostenidas, que no era de mal proceder, y antes bien amaba á la patria, y estaba en buena correspondencia con los desterrados; mas á quien faltaba aquella resolución que la oportunidad y la proyectada hazaña requerían, como que desmayo al ver el tamaño de la contienda en que se habian metido, sin que cupiese en su imaginacion cómo podían agitar en sus ánimos el pensamiento de trastornar en cierta manera el imperio de los Lacedemonios, y destruir el poder que allí tenían, fiados únicamente en esperanzas inciertas y propias de hombre desterrados. Por tanto, retirándose á su casa sin decir palabra, envió uno de sus amigos á Melon y Pelópidas, advirtiéndoles que lo dilataran por entonces, esperando mejor ocasion, y que otra vez se volvieron á Atenas. Llamábase Clidon este de quien se valió, el cual se dirigió con toda diligencia á su casa, y sacando el caballo andaba buscando el frero. No sabia que hacerse la mujer, porque no le tenia en casa; mas al fin dijo, que lo habia dado á uno de sus conocidos; por lo que primero empezaron á alterar, y despues pasaron á las malas palabras; tanto que la mujer llegó á echarle maldiciones sobre el viaje á él y á los que le enviaban: viniendo á parar en que Clidon perdió gran parte del dia con esta riña, y agorando mal ademas con motivo de lo sucedido, dejó enteramente el viaje, y se puso á hacer otra cosa. ¡En tan poco estuvo el que las mas grandes y excelentes hazañas se hubiesen desgraciado en su principio, malográndose la oportunidad!

Pelópidas y los que con él venían se disfrazaron luego con ropas de labradores, y separados unos de otros, entraron unos por una parte y otros por otra en la ciudad, siendo aun

de dia. Nevaba ademas con ventisca, habiendo empezado á empeorarse el tiempo, con lo que fue mas oculta su venida, habiéndose retirado casi todos á su casa por el frio. Los que estaban encargados de atender á lo que se tenia tratado cuidaron de buscar á los recién llegados, y conducirlos á casa de Caron. Con los desterrados eran estos al todo cuarenta y ocho. Vamos ahora á lo que pasaba con los tiranos. Filidas el secretario concurría, como hemos dicho, á la ejecucion de todo, estando de acuerdo con los desterrados; y para aquel dia habia dispuesto de antemano para Arquias y los suyos una reunion con merienda y concurso de mujeres, preparándolos así á que relajados con los placeres y bien bebidos fueran mas fácil presa de los que contra ellos venían. Cuando ya no les faltaba mucho para estar beodos, les vino una denuncia contra los desterrados, no falsa en verdad, pero dudosa y sin gran certeza de que estaban ocultos en la ciudad. Procuró Filidas desvanecer el aviso; mas con todo envió Arquias á uno de los ministros á casa de Caron con órden de que compareciera allí al punto. Era entrada la noche, y Pelópidas y demas confederados estaban adentro disponiéndose puestas ya las armaduras y tomadas las espadas. Llamóse de repente á la puerta; y corriendo uno de los de casa le enteró el ministro de que Caron era llamado de parte de los polemárcos, lo que anunció á los de adentro con sobresalto. Todos concibieron que el negocio estaba descubierta, y que iban á perecer sin haber hecho nada digno de los hombres virtuosos. Con todo tuvieron por conveniente que Caron obedeciese, y quitara toda sospecha á los magistrados; y él, aunque era de suyo varonil y firme en los riesgos, entonces se quedó confuso y apesadumbrado, no se levantase contra él alguna sospecha de traicion, pereciendo á un tiempo tantos y tan ilustres ciudadanos. Mas teniendo al fin que partir, tomó en la habitacion de las mujeres á su hijo, que todavía era muy jovencito, y en la belleza y robustez sabresalia entre los de su edad, y le entregó á Pelópidas, para que si llegasen á entender de él algun engaño ó traicion, le trataran como á enemigo sin conmiseracion alguna. A muchos de ellos se les cayeron las lágrimas con semejante

escena y semejante resolucion, y todos se mostraron ofendidos de que se creyera que podia haber entre ellos alguno tan tímido ó tan perturbado con aquellos acontecimientos que concibiera la menor sospecha, ó produjese la mas leve queja, rogándole que no pusiera entre ellos al hijo, y antes lo reservase de lo que podia ocurrir para que en él creciera el vengador de la ciudad y de sus amigos, salvándose y sus trayéndose al rigor de los tiranos. Mas Caron no condescendió en que su hijo se libertase, diciendo que no podia haber para él vida ó salud mas gloriosa que morir libre de afrenta con su padre y con tales amigos. Haciendo pues plegarias á los Dioses, y abrazando y confortando á todos, marchó con el cuidado de componer el semblante y el tono de la voz, de manera que no apareciese indicio de lo que pensaba ejecutar.

Llegado que hubo á la puerta, le salieron al encuentro Arquias y Filipo, diciéndole aquel : He oido, ó Caron, que han venido algunos que estan ocultos en la ciudad, y que son auxiliados por algunos de los ciudadanos. Turbóse Caron al principio ; mas preguntando ¿ quiénes eran los que habian venido, y quiénes los que los tenian ocultos? Como viese que Arquias no respondia cosa cierta, comprendiendo que la denuncia no habia sido hecha por ninguno de los que estaban en el secreto : Mirad, les dijo, no sea que algun rumor vano os cause sobresalto : con todo yo inquiriré, porque en esta materia nada debe despreciarse. Filidas, que tambien se hallaba presente, le decia que tenia razon ; y con esto se llevó á Arquias, y procuró que se desmandara mas en la bebida, haciéndosela mas regocijada con las esperanzas que le daba de que vendrian las mujeres. Luego que Caron volvió á casa, y que los halló prevenidos, no como hombres que esperasen una victoria ó su propia salud, sino como resueltos á morir gloriosamente y con gran mortandad de sus enemigos, lo que habia de cierto en el negocio no lo descubrió sino á Pelópidas ; á los demas les ocultó la verdad, diciendo que Arquias le habia hablado de otros asuntos. Mas apenas se habia disipado esta tempestad, la fortuna substituyó inmediatamente otra ; porque vino uno de Atenas de parte

de Arquias el hierofanta á Arquias su tocayo, que era tambien su huésped y su amigo, trayéndole una carta en la que ya no se daba noticia vana ó fraguada, sino que se referian exactamente todas las cosas concertadas, segun despues se supo. Llegóse pues á Arquias, que ya estaba beodo, el portador de la carta, y al entregársela le dijo : El que me la dió me encargó mucho que se leyera al punto, porque trata de un negocio sumamente urgente ; á lo que sonriéndose contestó Arquias : Pues los negocios urgentes para mañana : y tomando la carta la puso debajo de la almohada, y continuó con Filidas la conversacion que se traian. La respuesta aquella, puesta en forma de proverbio, dura todavía como tal entre los Griegos.

Pareciéndoles pues que se estaba en la ocasion oportuna de la empresa, se decidieron á ella, repartiéndose de este modo : Pelópidas y Damóclidas, contra Leontidas é Hipates, que vivian cerca uno de otro ; y Caron y Melon contra Arquias y Filipo, ajustándose por disfraz ropas femeniles sobre las corazas, y poniéndose coronas de abeto y pino que les oscurecian el rostro. Paráronse á la puerta del banquete, é hicieron ruido y bullá ; con lo que se pudo creer serian las mujerzuelas que rato habia se aguardaban. Mas como luego hubiesen recorrido con la vista cuidadosamente todo el banquete, haciéndose cargo con atencion de cada uno de los convidados, y hubiesen echado mano á las espadas, arrojándose por entre las mesas á Arquias y Filipo, se vió entonces á las claras quiénes eran. A algunos de los concurrentes pudo contenerlos Filidas, diciéndoles que se estuviesen quedos : los demas se levantaron para defender á los polemecos ; pero en el estado de embriaguez en que se hallaban fue fácil acabar con ellos. Mas árduo fue el desempeño para Pelópidas, y los que le siguieron ; porque tambien las hubieron de haber con Leontidas hombre cuerdo y muy denodado. Hallaron ademas cerrada la puerta, porque ya se habia recogido ; y habiendo llamado largo rato, nadie les respondia. Sintiólos ya tarde un esclavo, que salió de adentro, y descorrió el cerrojo, y en el momento mismo de moverse y cerrar las puertas, se arrojaron de tropel, y pasando por enci-

ma del esclavo corrieron al dormitorio. Leontidas por el ruido y el modo de correr conjeturó lo que era, y levantándose tomó la espada; mas no lo ocurrió apagar las luces, con lo que en las tinieblas se habrían batido unos con otros: así estando todo iluminado fue de ellos visto. Adelántase hácia la puerta del dormitorio, y á Quefisodoro, que fué á entrar el primero, lo deja en el sitio. Caido este traba pelea con el segundo, que era Pelópidas: siendo esta embarazosa por la angostura de la puerta y por el cadáver de Quefisodoro, que también estorbaba, vence al fin Pelópidas; y habiendo dado cuenta de Leontidas, marcha corriendo con los suyos en busca de Hipates. Trataron de introducirse del mismo modo en su casa; pero lo sintió, y dió al punto á correr hácia las casas vecinas: siguiéronle sin detencion, y alcanzándole, también le dieron muerte.

Hechas estas cosas, y reunidos con Melon y sus asociados, enviaron al Atica á llamar aquellos desterrados que allí quedaron; y en la ciudad excitaban á la libertad á los habitantes, armando á los que encontraban, para lo que quitaban de los pórticos las armas traídas en triunfo, y se metían por los obradores de los lanceros y espaderos que por allí había. Vinieron asimismo con armas en su auxilio Epaminondas y Gorquidas, que habían ya reunido no pocos jóvenes, y de los ancianos los de mayor reputacion. Ya toda la ciudad estaba conmovida, y era grande el alboroto; se veían luces en todas las casas, y se corría de unas á otras; sin embargo todavía la muchedumbre no hacía pie, sino que estaban aturdidos con los sucesos, y no sabiendo nada de positivo, aguardaban el día. De aquí nació el hacerse cargo á los Lacedemonios que tenían allí el mando, de no haberse adelantado á combatirlos, siendo así que la guarnicion era de mil y quinientos, y que muchos se les pasaban; pero contenidos con el miedo que causaban el ruido, las luces y la muchedumbre que rodaba por todas partes, se estuvieron quedos, contentándose con guardar el alcázar. Al rayar el día sobrevinieron los desterrados en estado también de pelea, y el pueblo concurrió en inmenso número á la junta pública. Introdujeron en esta Epaminondas, y Gorquidas á Pelópidas y los

suyos, rodeados de los sacerdotes, que les presentaban coronas, y exhortaban á los ciudadanos á venir en auxilio de la patria y de los Dioses. La junta toda á este espectáculo se puso al punto en pie con algazara y regocijo, recibéndolos como á sus tutelares y libertadores.

Fue desde luego Pelópidas elegido beotarca juntamente con Melon y Caron, y lo primero que hizo fue circunvalar la ciudadela, y empezar á combatirla por todas partes, dándose prisa á arrojar de ella á los Lacedemonios y dejarla libre, antes que de Esparta pudieran venir tropas. En lo que se adelantó tan á punto, dejándolos salir en virtud de capitulacion, que al llegar á Megara los alcanzó y á Cleombroto, que venía sobre Tebas con grandes fuerzas. Los Esparciatas, de tres que eran los prefectos que había en Tebas, á Herípidas y á Orsipo les hicieron causa, y los condenaron á muerte; y al tercero, que era Dusanoridas, como lo multasen en una crecida suma, él mismo se desterró del Peloponeso. Tan brillante empresa, que en el valor de los que la ejecutaron, y en el buen suceso con que la coronó la fortuna, se dió la mano con la de Trasíbulo, fue de hermana de esta calificada entre los Griegos, pues no es fácil designar otros que juzgando con sola la osadía y arrojo los pocos á los muchos, y los desvalidos á los poderosos, hubiesen sido causa para su respectiva patria de mayores bienes: aunque á esta le concilió mayor gloria el extraordinario cambio que produjo en los negocios de la Grecia: por cuanto la guerra que acabó con la grandeza de Esparta, y á los Lacedemonios los privó de su superioridad y dominio por mar y por tierra, puede decirse que tuvo principio en aquella noche, en que Pelópidas, no con tomar una fortaleza, una plaza ó una ciudadela, sino solo con ser uno de los doce que volvieron, desató y cortó, si nos es permitido usar de una metáfora, los lazos de la dominacion lacedemonia, tenidos por insolubles é indestructibles.

Vinieron con ésta ocasion los Lacedemonios con grandes fuerzas contra la Beocia, é intimidados los Atenieses desauiliaron de todo auxilio á los Tebanos; y á los que *beotizaban*, (esto es, se mostraban sus partidarios), delatándolos al tri-

bunal, á unos los condenaron á muerte, á otros los desterraron, y á otros les impusieron crecidas multas, pareciendo que las cosas de los Tebanos iban malamente, no habiendo nadie que les diese socorro. Pues como esto así pasase, Pelópidas y Gorquidas, que con él era á la sazón beotarca, armaron una zelada, y para indisponer de nuevo á los Atenenses con los Lacedemonios recurrieron á este artificio. El Esparciata Esfodrias, hombre apreciable y de reputacion en las cosas de la guerra, pero casquivano y henchido de ambicion y de necias esperanzas, habia quedado con algunas fuerzas en Tespias para recibir y proteger á los que se habian rebelado á los Tebanos. Hizo pues Pelópidas que con reserva se dirigiese á él un mercader amigo suyo, al que proveyó de dineros y consejos, aunque con estos fue con los que principalmente lo persuadió, para que le hiciese entender que debia emprender cosas grandes, y tomar el Pireo, cayendo de improviso sobre los Atenenses que estaban descuidados en su guarda: pues nada podia ser mas grato á los Lacedemonios que ocupar á Atenas; y mas que los Tebanos que estaban mal con ellos, y los tenian por traidores, de ningun modo los auxiliarian. Por fin Esfodrias se dejó vencer; y tomando sus tropas, se metió de noche por el Atica, llegando hasta Eleusis. Allí los soldados empezaron á rezelar, y hubo de descubrirse; con lo que, y con llegar á prever que suscítaba á los Esparciatas una guerra peligrosa y difícil, se retiró otra vez á Tespias.

Con este motivo los Atenenses volvieron con nuevo ardor á su alianza con los Tebanos, saliendo al mar, y recorriendo los pueblos de la Grecia con el fin de amparar á los que daban muestra de defeccion. Con esto los Tebanos habiéndolas á solas con los Lacedemonios, y riñendo combates, no grandes en sí, pero que eran causa de gran atencion y ejercicio, iban elevando sus ánimos y endureciendo sus cuerpos, adquiriendo juntamente experiencia y aliento con la continuacion de aquellas lides. Por esto es fama que el Esparciata Antalcidas dijo á Agesilao en ocasion de retirarse herido, ¡Mira qué premio te dan los Tebanos por haberlos enseñado á lidiar y pelear contra su voluntad! Y su maestro en ver-

dad no era Agesilao, sino los que oportunamente y con mucha cuenta lanzaban á los Tebanos como unos cachorros contra los enemigos, para acostumbrarlos y hacerles gustar y tener placer con victorias no muy arriesgadas; de lo que Pelópidas se llevó la principal gloria: pues desde la vez primera que lo eligieron general todos los años le conferian el mando supremo, y ó bien como caudillo de la cohorte sagrada, ó bien como beotarca, presidió siempre á los negocios hasta su muerte. Así en Platea y en Tespias sufrieron por él los Lacedemonios sus derrotas y sus retiradas, en una de las que falleció Febidas, aquel se apoderó de la ciudadela Cadmea; y en Tanagra, habiendo hecho huir á muchos, dió muerte al prefecto Pantoides: combates que si bien á los vencedores les inspiraban aliento y osadía, todavía no alcanzaban á deprimir el ánimo de los vencidos. Porque no hubo una batalla campal ni un combate ordenado y de cierto aparato, sino que con hacer correrías, retiradas y alcances á tiempo, en esta casta de lides fue en las que salieron vencedores.

Mas el combate de Tegira fue ya como ensayo de la batalla de Leuctras, y contribuyó mucho para la gloria de Pelópidas, no dejando en cuanto á la victoria duda entre él y los demas jefes, ni pretexto alguno á los enemigos en cuanto al vencimiento. Hacia tiempo que estaba en observacion de la ciudad de los Orcomenios, que habia abrazado el partido de los Esparciatas, y habia admitido dos batallones de estos por seguridad; y no aguardaba mas que la ocasion. Habiendo pues oido que aquella guarnicion hacia una expedicion á la Loerida, con la esperanza de tomar á Orcomeno desmantelada, marchó allá, llevando consigo la cohorte sagrada y algunos caballos. Cuando ya estaba para llegar á la ciudad, se halló con que habia llegado de Esparta el relevo de la guarnicion, y hubo de retroceder con su tropa nuevamente por Tegira, que era por donde únicamente habia camino, rodeando la falda del monte: pues todo el demas terreno que mediaba lo hacia intransitable el rio Melas, que inmediatamente y en su mismo origen se reparte en balsas y lagos navegables. Poco mas abajo de estos lagos hay un templo de Apolo Tegiteo, y un oráculo de poco acá abando-



nado, pero que estuvo en gran crédito hasta la guerra de los Medos, siendo Equecrates el que daba las respuestas. La fábula dice que allí fue donde el Dios nació, y lo que es el monte que está allí cerca, se llama Delos, y junto á él terminan las divisiones del rio Melas. A la espalda del templo nacen dos fuentes de aguas admirables por su abundancia, su dulzura y su frialdad, de las cuales á la una la llaman *Palma*, y á la otra *Olivo* hasta el dia de hoy: deduciéndose que la Diosa tuvo su parto, no entre dos árboles, sino entre dos arroyos. Tambien está cerca el Ptoon, donde dicen que se asustó por haberse aparecido de repente el macho de cabrío; y por lo que hace á la serpiente Piton y á Ticio, tambien los lugares concurren á atestiguar el nacimiento del Dios; sino que dejamos ya á parte todos los demas indicios, por cuanto las relaciones del pais, no colocan á este Dios entre los héroes, que de mortales por mudanza hubiesen pasado á ser inmortales, como Hércules y Baco, que con esta especie de cambio perdieron por su virtud lo mortal y pasivo; sino que es uno de los sempiternos y no nacidos: si por lo que han referido los mas sensatos y mas antiguos, hemos de formar algun juicio sobre estas cosas.

Al llegar pues los Tebanos á Tegira volviendo de la Orcomenia, al mismo tiempo sobrevinieron los Lacedemonios por la parte opuesta, por haber partido de la Loerida. Apenas les dieron vista los que empezaban á pasar las gargantas, cuando corriendo uno hácia Pelópidas le dijo: Hemos dado en los enemigos; y replicando él: ¿Pues por qué no estos en nosotros? mandó á la caballería que pasara de la retaguardia como para adelantarse á embestir; y formó muy apiñados á los infantes, que eran pocos, con la esperanza de cortar mejor por donde acometiesen á los enemigos, que le excedian en número. Eran los Lacedemonios dos de sus *moras* ó batallones; y Eforó dice que cada mora era de quinientos hombres, Calistenes de setecientos, y otros de novecientos, entre ellos Polibio. Los comandantes de los Esparciatas Gorgoleon y Teopompo marcharon con gran confianza contra los Tebanos; y trabada principalmente la refriega entre los caudillos, con gran cólera y violencia de una y otra

parte, muy luego murieron los comandantes de los Lacedemonios, batiéndose con Pelópidas; y heridos y muertos despues los que estaban junto á ellos, cayó gran miedo sobre toda la tropa; y Pelópidas la partió en dos trozos, como si quisiese que los Tebanos fuesen adelante y pasasen por allí; mas cuando estuvieron en medio los incitó contra los enemigos, que se estaban parados, y los acosó con gran mortandad; de manera que luego dieron todos á huir en desorden. No se les persiguió con todo por largo tiempo, á causa de que los Tebanos temian á los Orcomenios, que estaban cerca, y tambien al relevo de los Lacedemonios. Mas, lo cierto fue que vencieron de poder á poder; y que por fuerza se abrieron paso por en medio de toda la tropa vencida. Erigieron pues un trofeo, y despojando á los muertos, se retiraron á casa muy ufanos: pues á lo que parece en tantas guerras sostenidas entre Griegos y con los bárbaros nunca antes los Lacedemonios, siendo mas en número, fueron vencidos por los que eran menos, ni aun cuando en batalla se habian batido con iguales fuerzas. Así hasta entonces fue intolerable su altanería, y con su gloria acobardaban á sus contrarios, de modo que ellos mismos no se creian capaces de competir con los Esparciatas con iguales fuerzas, y rehusaban venir con ellos á las manos. Pero esta batalla fue la primera que enseñó á los demas Griegos que no era el Eurotas, ni el sitio entre *Babuca* y *Cnacion* (1), el que producía hombres valientes y guerreros; sino que si los jóvenes se avergüenzan de lo indecoroso, tienen resolucion para lo bueno, y huyen mas de la reprension que de los riesgos, estos donde quiera se hacen temibles á sus enemigos.

La cohorte sagrada se dice haber sido Gorquidas el primero que la formó de trescientos hombres escogidos, á los que la ciudad les daba cuartel y racion en la ciudadela, por lo que se llamaba asimismo la cohorte cívica; pues á lo que parece los de aquel tiempo daban tambien el nombre de ciudades á los alcázares. Algunos son de opinion que este cuerpo se compuso de amadores y de amados, conservándose en

(1) *Babuca* era el puente sobre el Eurotas, y *Cnacion* un riachuelo al poniente de la ciudad de Esparta. Vida de Licurgo.

memoria cierto chiste de Pamenes : porque decia que el Nestor de Homero no se habia acreditado de táctico cuando ordenó que los Griegos formasen por tribus y por curias

A su curia se agregue cada curia,  
Y con su tribu se una cada tribu,

pues lo que se debia mandar era que el amante tomase formacion junto al amado : porque en los riesgos los de la misma curia ó tribu no hacen mucha cuenta unos de otros ; cuando la union establecida por las relaciones de amor es indisoluble é indivisible, pues temiendo la afrenta los amantes por los amados, y estos por aquellos, así perseveran en los peligros los unos por los otros. No debe tenerse esto por extraño, cuando se teme mas la afrenta que puede venir de los amantes no presentes, que la de cualesquiera otros testigos, como se vió en aquel que estando caido, y para recibir el último golpe de su contrario, le rogó que le pasara la espada por el pecho, para que si su amado le veia muerto, no tuviera motivo de avergonzarse, creyéndole herido por la espalda. Refiérese asimismo que siendo Yolao amado de Hércules participó tambien de sus trabajos, y le asistió en ellos ; y Aristóteles dice que en su tiempo todavía hacian sobre el sepulcro de Yolao sus mutuas promesas los amados y los amadores. Era razon pues que la cohorte se llamara sagrada, cuando Platon llama á amante amigo divino. Dícese ademas que esta cohorte permaneció invicta hasta la batalla de Queronea ; despues de la cual, reconociendo Filipo los cadáveres, se paró en el sitio donde habian caido los trescientos que frente á frente se habian opuesto en paraje estrecho á las armas enemigas ; y hallólos amontonados entre sí, lo que le causó extrañeza, y cuando supo que aquella era la cohorte de los amadores y los amados, se echó á llorar, y exclamó : Vayan noramala los que hayan podido pensar que entre semejantes hombres haya podido haber nada reprehensible.

Por fin á esta intimidad de los amantes no dió origen entre los Tebanos, como lo dicen los poetas, el desgraciado

suceso de Layo, sino los legisladores ; los cuales, queriendo mitigar y suavizar desde la juventud lo que habia en su carácter de altivo é indócil, en toda ocupacion y juego quisieron que interviniese la flauta, conciliando á la música honor y consideracion ; y en las palestras procuraron mantener este amor tan provechoso, para templar con él las costumbres de los jóvenes. Por lo mismo como que concedieron con razon el derecho de ciudad á aquella Diosa, que se finge nacida de Marte y Vénus, para que lo pendenciero y belicoso se uniese con lo que participa mas especialmente de la persuasion y de las gracias, y resultase un gobierno que fuese el mas solícito y mas arreglado, arreglándolo todo la armonía. Esta cohorte sagrada Gorquidas la repartió en la primera fila, y la distribuyó por toda la falange entre la infantería, con lo que oscureció la virtud de aquellos varones, y no empleó su fuerza para que obrase en comun, pues que estaba como disuelta, y confundida con los que eran inferiores ; mas Pelópidas, luego que resplandeció la virtud de aquellos en Tegira, habiéndolos visto combatir denodadamente á su lado, ya no la dividió ó diseminó, sino que empleando el cuerpo reunido, lo puso delante en los mas arriesgados combates. Pues así como los caballos corren con mayor velocidad en los carruages que solos ; no porque en mayor número rompan mas fácilmente el aire, sino porque enardece su aliento la reunion y la competencia de unos con otros : creia que de la misma manera los hombres valerosos, tomando entre sí emulacion para las acciones brillantes, se hacian mas útiles y mas ardientes para lo que tenian que hacer en comun.

Ajustaron paces los Lacedemonios despues de estos sucesos con todos los Griegos, y activaron la guerra contra solos los Tebanos, invadiendo el Rey Cleombroto la Beocia con diez mil infantes y mil caballos. Ya el riesgo de estos era mucho mayor que antes : oíanse ya las amenazas de los contrarios, y las noticias de estar decretada la trasplacion ; y el miedo era cual nunca le habia tenido la Beocia : de modo que al salir Pelópidas de su casa y despedirle la mujer, le rogó esta con encarecimiento y con lágrimas que procurara